

VEKA DUNCAN

ENTRE FLORES NOS RECIBEN



**Y ENTRE
ELLAS NOS
DESPIDEN**

**HISTORIA Y TRADICIÓN
DEL DÍA DE MUERTOS**

LAROUSSE

*En México nunca muere nadie, o más bien,
nunca dejamos que se mueran los muertos.*

Juan Rulfo

INVESTIGACIÓN:

Horacio Acosta Rojas
Minerva Anguiano González
Omar Espinosa Severino
Mauricio Mejía Castillo

Introducción

En enero de 2020, la editorial Larousse me hizo una propuesta —o quizá más bien una provocación— difícil de rechazar: desarrollar una investigación para un libro que analizara a profundidad el Día de Muertos, desde sus orígenes históricos hasta su celebración actual. “Que agote todo lo que se pueda decir sobre el tema” fue, en realidad, el fraseo exacto del planteamiento en aquella primera junta; sería El Gran Larousse de los Muertos. Como historiadora y aficionada a esta festividad —mi favorita del año desde que tengo memoria— me entusiasmaba el prospecto de dedicar el año que iniciaba a hacer una revisión exhaustiva y, hasta donde alcanzábamos a ver, inédita sobre el tema; sepultar de una vez por todas los mitos, si se me permite la expresión.

Desarrollamos entonces una propuesta que contemplara indagar en la historia de la muerte y las prácticas mortuorias en México —de las tumbas de tiro al desfile de James Bond— hasta las expresiones actuales de la fiesta y su ritualidad. En resumen, la consigna era reunir no sólo su pasado sino cómo se celebra hoy en todo el país. Nos dimos cuenta rápidamente de que requeriría de la confor-

mación de un equipo multidisciplinario de investigadores y fue así como se incorporaron al proyecto los historiadores Horacio Acosta y Mauricio Mejía Castillo, la historiadora del arte y antropóloga Minerva Anguiano, y el arqueólogo Omar Espinosa. Nos dividimos la historia de México en periodos cronológicos y el territorio con base en los mapas que recordábamos de las monografías de la papelería: Norte, Occidente, Centro y Sureste. Establecimos también una serie de criterios que nos sirvieran como cancha pareja para darle coherencia a lo que ya imaginábamos podría tornarse inabarcable: primero, buscar al menos una tradición por estado, y en ello priorizar lo que se considerara lo más representativo, o bien, lo más sorprendente; y en segunda, decidimos que no era nuestro lugar juzgar la ancestralidad o novedad de las prácticas culturales del país, pues todo, tanto lo viejo como lo nuevo, es de interés antropológico. Y así fue como comenzamos.

Sin imaginarlo, terminó siendo un proyecto de confinamiento. Ahora es quizás un lugar común, pero inadvertidamente este es un libro pandémico. Firmamos contrato la semana que se anunció aquel *impasse* en las actividades cotidianas que inició en marzo de 2020, sin vislumbrar entonces el alcance que tendría. Imaginamos que las semanas que tomaría el llamado a quedarse en casa serían llevaderas porque había una tarea que nos ilusionaba resolver: qué es exactamente eso que llamamos el Día de Muertos.

Las semanas se convirtieron en meses y el tema que investigábamos fue volviéndose, con crudeza, nuestra realidad. Los días transcurrían al sonido de las ambulancias

y el conteo de víctimas de la conferencia vespertina. Muy pronto tocó también a nuestra puerta la misma parca que aparecía en nuestras pesquisas bibliográficas. Murió mi padre en 2020, el padre de Horacio en 2021 y el de Omar en 2022; tres duelos en un equipo de cinco. En una triste ironía, cuando más necesitábamos encontrar espacios para la comunión con nuestros muertos, la fiesta también se puso en pausa; no hubo Día de Muertos en pandemia.

Sobra decir que la realidad nos impuso una interrupción obligada. Cada vez que intentábamos retomar el camino, se nos presentaba un obstáculo que nos exigía dar un golpe de timón. Las pérdidas nos impedían avanzar, aunque muy pronto se convirtieron en una renovada motivación para continuar en nuestra búsqueda por comprender cómo honramos a nuestros difuntos. En paralelo, el confinamiento mismo se perfiló como un reto: sin bibliotecas ni archivos abiertos, nuestra investigación se limitaba a lo que hubiera en línea. Como una breve divagación, me permitiré decir que no por ello la información carecía de riqueza; por el contrario, nos mostró que mientras el tema ha merecido poca atención académica, esta se complementa por una profusa documentación en la prensa que, si bien con objetivos más bien informativos o turísticos, nos permiten entender mejor prácticas culturales regionales. A lo largo de los seis años de trabajo de este libro se leyeron un sinfín de artículos periodísticos que hubiera sido una labor titánica ponerlos como bibliografía en este libro, pero fue un material imprescindible en su realización. Por otro lado, esto terminó por ser una motivación más

por continuar con el proyecto, para comenzar a consignar en los libros aquello que ha quedado más bien como un conocimiento popular en las calles.

Los meses se convirtieron así en años de investigación intermitente con periodos de intenso trabajo, pero la meta siempre se veía lejana. Eventualmente nos dimos cuenta de que, aun dejando atrás las limitaciones y el trauma de la pandemia, nuestra propia ambición nos había impuesto un objetivo imposible de lograr: decir todo lo que hay que decir del Día de Muertos en un sólo volumen de 250 páginas. Así, tras cinco años encontramos una nueva ruta, virar de un libro enciclopédico a otro más bien divulgativo, decisión impulsada por la experiencia e intuición de nuestra editora, Fernanda Álvarez, quien brindó una mirada fresca a una ceguera de taller que rayaba ya en la megalomanía historiográfica.

El resultado está ahora en sus manos, queridos lectores. No encontrarán, pues, todo sobre el Día de Muertos, pero sí verán representada aquí la diversidad cultural de la tradición y las coordenadas más completas que pudimos reunir para reconstruir su historia. No es el atlas que imaginamos, aunque sí quizás un mapa que esperamos les lleve por caminos poco explorados hasta ahora y abra nuevas vías para quien quiera continuar con su propia investigación. Y como todo mapa, no sería posible de navegar sin un trazo que seguir, por lo que no me queda más que agradecer la incorporación de Marisol Rivera como ilustradora para completar al mejor equipo de colaboradores que pude haber imaginado para llevar a buen puerto este proyecto tras tantos años a la deriva.



DE MICTLANTECUHTLI A *COCO*

**Los antecedentes históricos
del Día de Muertos**



El culto a la muerte en el mundo prehispánico

*Esta muerte tiene hambre
y sed de tragar a cuantos hay en el mundo.*

Códice Florentino

Entre las raíces variopintas del Día de Muertos, es frecuente escuchar o leer que sus antecedentes históricos pueden rastrearse al México prehispánico. Lo cierto es que la fiesta que hoy celebramos llegó como tal con la Conquista y tiene una gran influencia de las tradiciones de la Europa medieval, sin embargo, es innegable que el culto a la muerte es una característica muy propia de los pueblos que conformaron Mesoamérica y que la muerte ocupaba un lugar protagónico de su vida espiritual.

Para entender cómo se fue construyendo este culto y los rasgos culturales que lo definieron, es importante considerar que el acercamiento de estos pueblos a la muerte partía de dos nociones centrales: la muerte física y la cosmogónica. Estas, a su vez, se relacionaban a dos distintos destinos del difunto, donde una se refiere a las formas de disponer del cadáver, mientras que la otra atiende su tra-

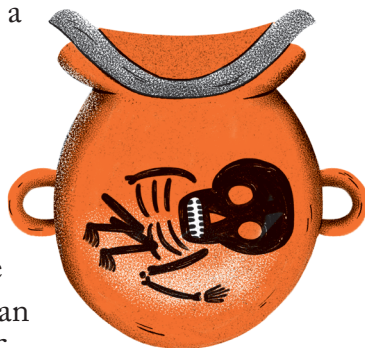
yecto al otro plano. En realidad, esto no es muy distinto a lo que sucede en otras culturas alrededor del mundo.



En el ámbito de la muerte física, las prácticas funerarias fueron modificándose a lo largo de los 40 siglos que abarca el periodo prehispánico (del 2500 antes de nuestra era a 1521). Hubo variaciones de cultura en cultura, pero lo más frecuente era incinerar los cuerpos, envolverlos o co-

locarlos desmembrados dentro de va-

sijas y acompañarlos de objetos de valor a manera de ofrenda. Existieron también tumbas rituales donde la clase gobernante era enterrada de cuerpo entero y dentro de criptas creadas con un gran trabajo artístico, siendo algunos ejemplos notables de este tipo de prácticas las tumbas de Monte Albán o Palenque. Estos demuestran cómo con el paso del tiempo las prácticas funerarias se fueron sofisticando.



El origen de estos ritos mortuorios en el México antiguo se puede rastrear al periodo Formativo, o Preclásico (1500 a. n. e. a 300 d. n. e.). De esa época datan algunas de las tumbas más antiguas que se han encontrado, en las que, además de una disposición ritual de los cuerpos, aparecen ya las ofrendas con ajuares con objetos de valor, como vasijas de cerámica, lítica (por ejemplo, obsidiana o jadeíta), conchas, y restos de animales sacrificados, además de la

comida como elemento distintivo. En esta época se acostumbraban los entierros con cuerpos envueltos, ya sea en petates o mantas de algodón.

Algunos de los entierros más antiguos corresponden a sitios como Tlapacoya, en el Estado de México, y Tlayacapan, en el estado de Morelos; las tumbas de este último han sido datadas con dos mil años de antigüedad y ya cuentan con una arquitectura funeraria, además de las ofrendas. Del periodo Preclásico destacan también las tumbas de tiro, con pozos con forma troncocónica y cámaras funerarias laterales, y que corresponden al occidente mexicano, ubicadas en los estados de Nayarit, Jalisco y Colima, y la región sur de Zacatecas. El uso de ofrendas en contextos funerarios y disposiciones rituales de los cuerpos aparecen también en culturas del Altiplano, como Cuicuilco y Tlatilco.

Desde entonces, los rituales dedicados a los difuntos y el culto a la muerte ocuparon una parte importante del calendario religioso de los pueblos prehispánicos, ya que, igual que en la mayoría de las culturas, cumplían tanto con necesidades sociales como espirituales. Las prácticas más comunes para los funerales eran: marchas fúnebres, danzas, sacrificios, autosacrificio, oblación y ofrecimiento de bienes, ajuares con joyas e insignias, todo ello como ofrendas para los dioses, además de bienes a terceras personas, luto, prohibiciones y discursos. Estos rituales mortuorios dependían de la posición social del difunto. Muchas de las tumbas mencionadas previamente cumplían con una función ritual, a menudo vinculadas al sacrificio humano, o al entierro de la clase gobernante. En este sentido, las tumbas

más exquisitas en cuanto a su arquitectura y ajuares solían ser las de la élite. La mayoría de los habitantes de estos pueblos, por su parte, enterraban a sus muertos en el patio de sus propias casas. Cabe mencionar que el espacio de la vivienda se disponía de tal forma que permitiera la colocación de una ofrenda, lo cual nos habla de la importancia que estos pueblos daban al ritual de la muerte. En las culturas nahuas también era frecuente acompañar a los difuntos con sus perros para que éstos los guiaran en su viaje al inframundo.

En cuanto al destino de los difuntos en el más allá, para los pueblos prehispánicos era común que dependiera de la causa de muerte. Para la cultura náhuatl, uno de esos des-



tinios era el Mictlán, lugar de los muertos donde habita el Mictlantecutli, “el señor de la muerte”. Sin embargo, no era el único inframundo, existía también el Tlalocan, “lugar o paraíso del Tláloc”; Tona-tiuh Ichan, la casa del Sol

o morada de Huitzilopochtli; y Cincalco, la casa del maíz, regido por Huemac. Estas cuatro esferas eran gobernadas por el movimiento de los astros y la forma en la que uno moría determinaba en cuál de estos reinos de los muertos iba a pasar la eternidad.

Los que mueren por muerte natural descienden al Mictlán, donde tendrán que hacer un largo viaje y sortear una serie de dificultades. Esto podría estar relacionado con los procesos de putrefacción natural del cuerpo, ya que el cadáver debía pasar por una serie de tormentos. Este paso de la vida a la muerte podía estar acompañado de rituales, tales como enterrar al difunto con sus artefactos de trabajo, alhajas, utensilios del hogar y sus ropas, es decir, objetos que le fueran útiles en su tránsito al inframundo. Este se componía de dos montañas que chocaban unas con otras. También se dice que los acompañaba un perro color bermejo, pues sólo los de este color podían llevar a cuestas al difunto para atravesar el río al inframundo. Cuando finalmente terminaba este tránsito, los difuntos ofrecían sus pertenencias a Mictlantecuhtli, deidad titular de la muerte.

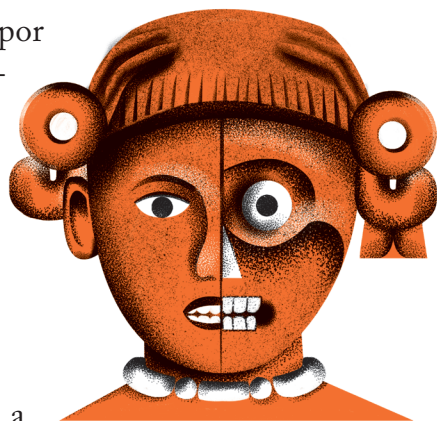
Aquellos cuya muerte sucedía en el agua, o por el impacto de un rayo, iban al Tlalocan. Se creía, a su vez, que quienes morían ahogados eran víctimas de un animal llamado Ahuizotl, un perro con una mano en la punta de su larga cola con la cual los sometía en el agua, y que a los pocos días de ahogados les quitaba ojos, uñas y dientes. También se creía que la diosa Chalchiuhtlicue, hermana mayor de los Tlaloque, ocasionaba la muerte en el agua. Para la concepción católica de los españoles, el Tlalocan era el infierno; sin embargo, para los pueblos prehispánicos del centro del país se trataba de un paraíso fértil y maravilloso, ya que la presencia del dios de la lluvia hacía que de la tierra brotaran eternamente frutos y flores.

El Tonatiuh Ichan era la casa del cielo, donde estaría uno abrigado y seguro. Los que van ahí son los que mueren al filo de la obsidiana, es decir, en la guerra. Asimismo, era el destino de las mujeres que morían en parto, una muerte equiparable a la que se da en el campo de batalla. Los espíritus de los guerreros se transformaban en bellas aves, colibríes, pájaros sagrados o mariposas para regresar al mundo de los vivos. Las mujeres muertas al dar a luz, por otro lado, se convertían en las Cihuateteo, espíritus femeninos que aterrorizaban a los vivos.

Por su parte, quienes morían aún en una etapa infantil iban al Cincalco. Ellos no pasaban por el inframundo, sino que llegaban a la casa del dios Tonacate-

cutli, donde serían alimentados por Chichi huacuahco, “el lugar del árbol de los pechos”, del cual manaba un néctar. Eran enterrados frente al granero (cuexcomatl), lo cual significaba que estaban directamente conectados con el maíz. Es posible que los suicidas fueran también a este lugar. En contraste, los que morían de vejez, a causa de la degradación fisiológica, se festejaban en el mes de Tititl, en el que rendían culto a la diosa anciana Ilamatecuhtli. Se hacía una figura del difunto con palos de ocote y papel.

El acercamiento de los pueblos prehispánicos a la muerte está cimentada en una cosmovisión dual; es decir,

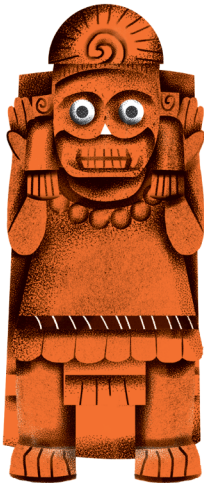


para ellos no existe la vida sin la muerte. Por lo tanto, tampoco existía el miedo a la muerte, sino un profundo respeto ante la misma. Esto explica también una de las prácticas rituales más conocidas de estos pueblos: el sacrificio humano. Desde nuestra perspectiva podría parecer contradictorio, pero el dar muerte a otros era una forma de pedir vida; el sacrificio era entonces una ofrenda a los dioses, a menudo realizado en momentos de cosecha o sequía, para asegurar la fertilidad de la tierra y, así, la permanencia de la vida humana.

A pesar de que esta sea la base primordial sobre la cual se fundamentaron los ritos y cultos mortuorios, la forma en la que estos fueron celebrados atravesó por distintos periodos y se fue modificando en paralelo a los procesos históricos propios de su tiempo.

En un inicio, predominaba la idea del linaje; el culto a la procedencia del grupo social era esencial. Los ancestros se convertían así en los intermediarios entre las energías que mantienen el orden cósmico y la vida terrenal, por eso se veneraban con fervor y se les rendía un respeto supremo. El Día de Muertos actual es, en esencia, una conmemoración a los ancestros, por lo que es posible que en ello exista una reminiscencia de la época prehispánica. Con el paso del tiempo, se dejó de enfatizar el culto a los ancestros, propiciando una religión en la que la veneración a los dioses tomó un lugar protagónico. Así, en el territorio que hoy llamamos México, surgieron diversas deidades relacionadas a la muerte y a su reino: el inframundo. Este proceso entre rendir homenaje al linaje y la institucionalización de una

Deidades de la muerte

Nombre	Cultura	Características	Imagen
Mictlantecuhtli Otros nombres: Ixpúztec (rostro quebrado) Nextepehua (esparcidor de cenizas) Tzontémoc (el que baja la cabeza)	Nahua	Dios del inframundo y de los muertos; junto a su esposa regía el mundo subterráneo. Representado como esqueleto o personaje semidescarnado. Su principal atributo es un rosetón en forma de círculo o semicírculo de papel plegado, con un cono en el centro del que se desprendían dos bandas. Este mismo rosetón formaba parte de la indumentaria de los sacerdotes dedicados al culto del dios de los muertos.	
Mictecacihuatl	Nahua	Esposa de Mictlantecuhtli; regían juntos el mundo subterráneo. Representada como esqueleto o personaje semidescarnado con atributos femeninos.	

Nombre	Cultura	Características	Imagen
Cihuateteo	Nahua	Espíritus femeninos de mujeres fallecidas durante el parto que vuelven al mundo de los vivos. Solían aparecerse en el cruce de caminos para atemorizar a los transeúntes. Se les hacían ofrendas para evitar que hicieran daño. Se les representaba con el rostro descarnado y manos a manera de garra de águila.	
Cihuacóatl Otros nombres: Tonantzin Quilaztli Yaocíhuatl Huitzilnicuatec	Nahua	Deidad recolectora de almas. Era quien protegía a las mujeres que morían al dar a luz. Representa la dualidad vida-muerte, ya que también se le considera la diosa madre o Tonantzin, al haber sido la que molió los huesos de los habitantes primitivos de la tierra para dar vida a los humanos. Aparece representada con serpientes y el rostro pintado de rojo, negro y blanco.	

Nombre	Cultura	Características	Imagen
Pitao Bezelayo Otros nombres: Pitao Pezelao Lira Huila Trece Mono	Zapoteco	Dios de la muerte y del inframundo zapoteco. Se comunicaba a través de búhos. Al morir se le presentaba como ofrenda un guajolote. Junto con su esposa, Xonaxi Quecya, eran los dioses principales de la cultura zapoteca.	
Xonaxi Quecuya Otros nombres: Xonaxi Huilla Xonaxi Belachina	Zapoteco	Diosa de la muerte y la lujuria.	
Ah Puch, el descarnado Otros nombres: Kisín, el flatulento Hun Ahau Señor Uno Yum Kimil Señor de la muerte	Maya	Se representa como un cuerpo descarnado y en estado de putrefacción. Además de su rostro a manera de cráneo descarnado, muestra la columna vertebral. Aparece vestido con cascabeles.	

religión con deidades específicas para el culto a la muerte atravesó los casi 40 siglos de historia prehispánica.

En el periodo Preclásico (2500 a. n. e. a 200 d. n. e.) la veneración a los ancestros dominaba. La idea del linaje tuvo una mayor relevancia, particularmente en lo político, haciendo de la herencia una forma de legitimar a la clase gobernante en el poder. A partir de la noción del binomio vida-muerte, comenzó a arraigarse el concepto de las energías cósmicas en equilibrio, para lo cual el destino de los difuntos y su papel como intermediarios para mantener el orden de la vida terrenal se vuelve cada vez más importante, sin embargo, los entierros generalmente se hacían en las casas.

Hacia el periodo Clásico (200 a 900 d. n. e.) la religión se institucionalizó con la aparición de dioses con nombre propio y rasgos cada vez más definidos. Esto desplazó la veneración de los ancestros a un segundo plano. Al mismo tiempo, los ritos funerarios también se institucionalizaron, siendo cada vez más sofisticados en cuanto a su arquitectura y la suntuosidad de las ofrendas que acompañaban a los entierros. En paralelo, la idea del sacrificio y autosacrificio ritual comenzaron a cargar con más peso como una forma de mantener el equilibrio cosmogónico; en otras palabras, para tener vida, se necesita ofrendarla.

Finalmente, en el periodo Posclásico (900 a 1521 d. n. e.) la muerte se va a perfilar como eje central de la vida espiritual, sobre todo a partir de la cultura nahua o mexicana. A medida que este pueblo comenzó a dominar el territorio, principalmente el del Valle de México, se va a extender

su ideología, homogeneizando las costumbres de la zona. El sacrificio ritual se convirtió en una de las prácticas religiosas más recurrentes, acompañado de grandes fiestas públicas.

De esta manera, encontramos que a los rituales funerarios se comenzaron a sumar fiestas públicas en las que se celebraba a la muerte en sí misma y a los dioses que la simbolizaban. Las fechas variaban según la región, pero en general se situaban en el último semestre del año, iniciando desde lo que hoy se conocen como los meses de junio y septiembre, y continuaban hasta el actual mes de noviembre. La coincidencia de estas fechas con celebraciones similares en Europa, como Halloween y sus orígenes celtas, no debería sorprendernos. De hecho, es probable que fuera un factor que beneficiara el proceso de asimilación de las prácticas católicas y es que, a pesar de las diferencias geográficas, México se encuentra también en el hemisferio norte, de manera que los calendarios agrícolas de ambos lados del Atlántico coincidían. Las fiestas que rinden culto a los muertos y a las ánimas del más allá están fuertemente vinculadas a estos ciclos en los que se pide a la tierra que nos otorgue vida a través de los alimentos. Esto es tan cierto para los ritos mesoamericanos como para las celebraciones europeas, como lo fue por ejemplo en sus orígenes el hoy tan afamado Halloween. Estas festividades se vinculan a la última cosecha del año y a la muerte simbólica de la tierra; es decir, el inicio de una temporada de infertilidad que durará del otoño al invierno.

Esta temporalidad la encontramos en las festividades de los mexicas, uno de los pueblos del que tenemos más información gracias a la labor de documentación que llevaron a cabo Hernán Cortés y sus huestes durante el proceso de Conquista, así como los primeros frailes que llegaron a esta tierra a llevar a cabo labores de evangelización. Gracias a esas crónicas contamos con una riqueza de narraciones y relatos que nos permiten acercarnos con mayor detalle a sus creencias en torno a la muerte y las fiestas para conmemorarla. Su calendario también se dividía en ciclos similares a los meses de los calendarios occidentales, por lo que comúnmente se les refiere de la misma manera. Durante el quinto mes, los mexicas ponían sus ofrendas en honor a Huitzilopochtli, que incluían figuras humanas de amaranto y miel. Entre los meses actuales de julio y agosto se celebraban tres fiestas dedicadas a la muerte: Tlaxochimaco, “ofrenda de las flores”, Miccailhuitontli, “fiesta de los muertos”, y Micaíl-huitl “fiesta de los muertos pequeños” o “pequeña fiesta de la muerte”. El décimo cuarto mes, llamado Quecholi, ataban tamales en pequeñas lanzas y con sus antorchas las lanzaban al fuego en honor a los difuntos. El décimo quinto mes era llamado Izcalli, que significa “resurgimiento”, ya que tenían la firme creencia de la vida después de la muerte. Ofrecían



tamales a los muertos y los colocaban en sus tumbas. También realizaban la ceremonia del fuego nuevo. Esto último marcaba la importancia entre la dualidad de vida-muerte.

Con la Conquista, llegarían nuevos rituales mortuorios que quedarían impregnados con algunas reminiscencias de las costumbres y creencias antiguas. En este contexto, se importaron los festejos de Todos los Santos y los Fieles Difuntos. Estos coincidían en la temporada de otoño con dos fiestas nahuas ya mencionadas: Miccailhuitlonti y Huey Miccailhuitl. Así, hay quienes consideran que los indígenas buscaron una forma de mantener sus tradiciones antiguas y continuar con sus celebraciones, a la vez que los frailes encontraron mecanismos para la asimilación del catolicismo en estas fiestas celebradas por los pueblos originarios. De esta manera, encontramos que el Día de Muertos tiene un origen plenamente cristiano, con algunos ritos y significados vinculados a las prácticas indígenas.